

EL SALTERIO Y LA MEDITACIÓN CRISTIANA. Importancia de la última redacción para la comprensión del salterio

¿Podemos todavía rezar los salmos? ¿Podemos cantarlos en la liturgia? La historia de las formas y en especial la insistencia en el origen cúlrico de los salmos no han hecho sino aumentar la distancia entre el salmista y el orante actual. Y, sin embargo, tanto la elaboración de buenas versiones en lengua vernácula como la revalorización del canto gregoriano han contribuido a que los salmos sean apreciados y propuestos como modelo de plegaria. ¿A qué atribuir ese estado de cosas? ¿Qué tienen los salmos como conjunto que los convierte en un magnífico texto de plegaria? El autor del presente artículo, uno de los exegetas católicos de más prestigio en el ámbito de habla alemana, explica aquí por qué el salterio constituye no sólo un texto de plegaria vocal, sino también de meditación cristiana.

Der Psalter und die christliche Meditation. Die Bedeutung der Endredaktion Für das Verständnis des Psalters, Bibel und Kirche 47 (1992) 195-200.

La última reforma del breviario no ha hecho sino agudizar el problema de los salmos. Y, al replantearse su sentido, la investigación bíblica moderna no ha ayudado a resolverlo. Así, por Ej., el ser-cristiano no gira en torno a la Thora (Ley), que es el tema del salmo 1. Ni tiene nada que ver con el ritual monárquico del antiguo judaísmo del que proviene el salmo 2. Tampoco existe ya el tribunal del templo de Jerusalén, de cuyos ritos proceden los salmos 3 y 4. Ni presentamos ofrendas matutinas sacrificando ovejas: ¿cuándo vamos a rezar, pues, el salmo 5?

El Sitz im Leben (contexto vital) de la mayoría de los salmos pertenece a un mundo que no es el nuestro. Al fijar el origen de muchos salmos en una forma de culto muy diferente del nuestro, la investigación de las formas literarias ha contribuido a su comprensión, pero a costa de hacerlos ajenos a nuestra mentalidad.

Pese a esto, hoy muchas personas rezan los salmos. Con ellos se expresan ante Dios mejor que con otras oraciones o fórmulas personales. El rezo monástico se ha mantenido vivo, al paso que las modas litúrgicas de los últimos decenios han ido languideciendo. ¿Es que la reflexión científica y la reforma litúrgica han olvidado algún aspecto esencial de los salmos?

La respuesta es afirmativa: se ha olvidado que el significado de los salmos no radica en *cada uno de ellos*, sino en el salterio en su conjunto. Para meditar los salmos, lo que importa no es ni su forma primitiva ni su uso original. Mowinckel subrayó el carácter cultural de todos los salmos. Y su punto de vista domina todavía la investigación. Aunque recientemente algo ya se ha escrito sobre una "espiritualización" postexílica de los salmos, esto, las más de las veces, se refiere a un salmo en concreto. Por tanto, es obligado empezar preguntándonos si es cierto que nos encontramos ante un corpus de textos culturales, al menos cuando consideramos el salterio como un todo.

El uso de los salmos en tiempo de Jesús y del primitivo cristianismo habla más bien en su contra. El salterio fue ciertamente el libro *mejor conocido y más citado* del AT tanto en Qumrán como en el NT y en el judaísmo helenístico. Pero también consta que no jugaba un

papel litúrgico importante. El salterio no fue el "libro de cantos del segundo templo", por más que algunos salmos se usasen marginalmente fuera de las grandes ceremonias. Tampoco fue el "libro de cantos de la sinagoga". Y casi lo mismo sucedía en otros ambientes judíos no fariseos. Ningún comprobante cierto testimonia su empleo en los oficios religiosos de Qumrán y de las primeras comunidades cristianas. Estas no se sirvieron de los salmos hasta el final del siglo II.

La meditación cristiana

Si, no obstante, el salterio se extendió tanto y fue tan conocido y apreciado, debemos buscar una explicación no litúrgica. A mi modo de ver, tan sólo una es posible: el *salterio fue el texto fundamental de la piedad personal individual*. Sería anacrónico imaginarlo como un "libro piadoso", cuya lectura fuera obligatoria periódicamente. Más cercana a la realidad histórica es esta afirmación: el salterio fue un *texto de meditación*, que se aprendía de memoria y se recitaba sin cesar.

Sabemos muy poco sobre el modo de *meditar* en la primitiva tradición judía y cristiana. La praxis de entonces se interrumpió. Si queremos saber cómo se medita y qué es un *mantra* ¹, nos vamos a la India. Nuestro desconocimiento del tema se refleja incluso en las falsas traducciones de la Biblia. Si supiéramos traducirla correctamente, podríamos llegar a algunas conclusiones. Así, el famoso *Shema Israel* (Escucha, Israel), que es parte de la oración diaria de los judíos, contiene el siguiente pasaje: "El texto, que hoy proclamo, has de saberlo de memoria. Debes repetirlo con tus hijos. Has de susurrarlo, cuando estés metido en casa y cuando estés de viaje, por la noche antes de acostarte y por la mañana al levantarte" (Dt S,Ss). Compárese con las traducciones corrientes.

Aquí se presupone evidentemente la forma de meditar la Thora: los *textos aprendidos de memoria se bisbiseaban* al ritmo de la respiración. De forma semejante, una correcta traducción del salmo 1 reza: "La Thora de Yahvé llena de alegría a aquél que la *recita* día y noche". San Jerónimo tradujo: *In lege ejus meditabitur*. En el latín de los monjes de entonces *meditari* significaba: recitar de memoria y en voz baja un texto. "Meditaban" musitando textos, cuando, en sus celdas y cuevas, sentados en el suelo, trenzaban esteras o cuando iban de camino. Mascullaban también los textos bíblicos en los trabajos comunes del convento. Incluso la oración comunitaria, en la que "un lector" decía de memoria los salmos correspondientes, mientras los demás escuchaban sentados, puede ser llamada *meditado*. Y *meditatio* era igualmente la técnica de repetir sin cesar la misma frase bíblica, práctica que originó la "Oración de Jesús" de las Iglesias orientales.

Cada uno aprendía copiosos y variados textos, según su capacidad mnemotécnica. En esta práctica debía estar, sin duda, el *Sitz im Leben* del salterio, que bien podemos considerar el más importante texto para "meditar".

Divisiones del día siguiendo el salterio

La meditación personal y libre de los monjes se complementó muy pronto con una ritualización comunitaria, que constituyó el inicio de la liturgia monacal de las horas. Al menos en el oficio nocturno, se siguió recitando el salterio: tras el salmo 150 se empezaba de nuevo con el salmo 1. Esta costumbre duró hasta la llegada de la *Regula Magistri*, a principios del siglo VI. Sólo en las catedrales o en las basílicas romanas, para el rezo de las horas, se escogían algunos salmos más adecuados a los fieles asistentes. San Benito aceptó esta costumbre, para restringir la excesiva duración del rezo de las horas. Con todo, en algunas "horas", los salmos continuaron rezándose tal como se presentan en el salterio. La conciencia de la unidad del salterio queda también de manifiesto en el hecho de que Benito dispuso que el salterio íntegro se recitase en una semana, sin dejar de advertir que esto era muy poco, pues "nuestros santos padres - fervorosos- recitaban en un día íntegramente lo que nosotros -tibios- deberíamos lograr, al menos, en una semana" (*Regula Benedicti* 18,25).

Por lo demás, todo indica que el salterio fue igualmente para los monjes del desierto egipcio *el texto* de meditación obligatorio, que *recitaban* de acuerdo con la tradicional herencia judeo-cristiana.

Concatenación de los salmos

Aceptado lo anteriormente dicho sobre el Sitz *im Leben* del salterio, podemos ahora preguntarnos si la *redacción última* del libro de los salmos, que se sitúa poco antes del tiempo de Jesús, no se supeditó ya a la práctica de la meditación, condicionando incluso su forma actual. El fenómeno de la *concatenación* de los salmos por medio de *palabras-clave* da una respuesta afirmativa. Hermann Gunkel, el padre de la moderna investigación de los géneros literarios, reconoce que los salmos no están ordenados según sus géneros, ni tampoco según "autores". Piensa que un principio de clasificación podría descubrirse sólo parcialmente, en las anotaciones iniciales y que ni una sola vez los salmos se organizan según su longitud. Con todo, Gunkel admite que acaso el "parentesco temático" de salmos vecinos o su enlace mediante "palabras-clave" puede haber jugado un papel aquí o allí. Pero, en conjunto, los salmos no tendrían orden alguno.

De hecho, Franz Delitzsch en su Comentario de 1860, todavía no superado hoy bajo muchos aspectos, había anotado ya cuidadosamente en cada salmo relaciones de contenido y palabras-clave que lo unían a los salmos vecinos.

No siguieron esta dirección los comentarios posteriores. Y, sin embargo, existe, a través de todo el salterio, una *concatenación* de los salmos más próximos, *concatenación* que no percibimos, porque dirigimos nuestra atención al sentido de cada uno de ellos en particular. Sólo recientemente se han redescubierto estos enlaces entre salmos y, en particular, los empalmes mediante palabras-clave.

Es verdad que el conocimiento de la *concatenación de los salmos* -tanto la temática como la lingüística- está todavía poco extendido. A pesar de ello, no pretendo demostrar el hecho en sí; simplemente lo presupongo. Asimismo dejo abierta la cuestión sobre quién es el "redactor" de las concatenaciones. Sin duda que el redactor puso su mano

tanto en el conjunto del salterio como en las colecciones parciales. Pero, ¿añadió algo? ¿cambió palabras? ¿redactó incluso de nuevo algún salmo? ¿O se limitó a utilizar hábilmente las correspondencias ya existentes de contenido y de palabras? Ambas cosas pudieron suceder.

La cuestión, que ahora me interesa -supuesta y esbozada ya en los ejemplos- es: ¿en qué medida las relaciones entre las palabras-clave y sus correspondientes contenidos, observadas entre los salmos más próximos, *contribuyen* a hacer del salterio en su conjunto un texto de meditación, que puede aprenderse de memoria y ser repetido una y otra vez?

La concatenación de las palabras-clave lleva de un salmo al otro

La concatenación sirve, ante todo, para que uno pase de un salmo al otro. Unas veces el final de un salmo es retomado directamente en el siguiente. Así el salmo 32 termina con una alabanza:

"Alegraos en Yahvé, justos, exultad, gritad de gozo, todos los rectos de corazón" (32,11).

A él se une, en forma casi paralela, el contenido del salmo 33: "*Gritad de gozo, justos, por Yahvé!* - *De los rectos es propia la alabanza*" (33,1).

La conexión no es siempre inmediata; puede encontrarse en el interior. También sucede que el salmo siguiente recoge el tema dejando para el tercero la ampliación del mismo. Así, por Ej., hallamos al final del salmo 7: Quiero *dar gracias* a Yahvé por su justicia. - Quiero *cantar* al *nombre de Yahvé*, el Altísimo" (7,18). El salmo 8 canta el "nombre" de Dios. Esto constituye, de algún modo, el cumplimiento de la promesa hecha al final del salmo 7 (de lamentación), referida especialmente al *nombre* de Dios. El salmo empieza y termina: "*Yahvé*, Señor nuestro, qué poderoso es tu *nombre* por toda la tierra!" (8,2 y 10). Luego, el salmo 9 retoma en forma más extensa la promesa final del 7 y da comienzo a un canto de acción de gracias, repitiendo muchas más formulaciones que la mera palabra-clave "nombre".

"Quiero *dar gracias* a Yahvé de todo corazón;

Quiero cantar todas tus maravillas;

Quiero alegrarme, quiero exultar en ti;

Quiero *cantar* a tu *nombre*, oh Altísimo" (9,2s).

El comienzo del salmo 9 desarrolla, pues, el final del 7, más allá del salmo 8.

En una obra literaria se crea profunda expectación tan pronto como el lector reconoce la técnica del uso de palabras-clave o de motivos. Cosa parecida sucede en el salterio: cuando un salmo se acerca al final, al que capta la técnica no le da la impresión de que se acaba: espera que va a continuar. Sin saber cuáles, algunos contenidos y formulaciones deben provocar en el "lector" efectos de re-sonancia y de eco. Sólo así se confiere al salterio una dinámica interna, que lo convierte en un único texto. De principio a fin, la meditación musitante no debe detenerse ni interrumpirse.

Esta técnica se refuerza a menudo con auténticos anuncios, cuya realización puede abarcar todo un grupo de salmos posteriores. Este es el caso de la última sección del salterio, la llamada "conclusión Hal·lel".

El "cántico nuevo" de los salmos 146-150: un arco

En el salmo 145 anuncia David, el cantor del precedente grupo de salmos: "¡La alabanza de Yahvé anuncie mi boca, y toda carne bendiga su nombre sacrosanto por siempre jamás!" (145,21). La palabra "alabanza" suscita los diversos "alabad a Yahvé", que enmarcan los salmos finales 146-150. Y la tensión causada por el paralelismo entre "mi boca" y "toda carne" señala el gran arco, que engloba la totalidad. El salmo 146 empieza:

"Alaba a Yahvé, boca *mía*; quiero alabar a Yahvé mientras viva" (146,1-2).

David personalmente inicia la alabanza de Yahvé; pero el círculo de cantores se amplía en el salmo 147 a *Israel-Sión*. En el salmo 148 toman el relevo los *espíritus celestes* y todo el *mundo terrestre*: porque Dios "acrece el vigor de su pueblo". Se trata del canto de alabanza, que cantaban los Hasidim. El último verso del salmo 148 da paso al cántico "nuevo" procedente de la "*Reunión de los Hasidim*"², y que es, en cierto modo, el centro de la alabanza universal a Dios:

"Cantad a Yahvé un cantar nuevo, su alabanza en la asamblea de los fieles (Hasidim)" (149,1). Este cantar es, además, acompañado en el salmo 150 por todos los instrumentos imaginables, y la estrofa última del último salmo proclama:

"¡Todo cuanto respira alabe a Yahvé!" (150,6). Aquí se completa el anuncio que hizo David en el salmo 145,21. Hasta el 150 el lector no puede fácilmente detenerse. Ha de recitar sin parar, pasando de un salmo al otro.

Después de las precedentes observaciones, que podrían aumentarse con ejemplos muy diversos, resultará quizás más comprensible por qué los salmos ni están agrupados en formas literarias, contenidos, autores, títulos o longitud (como Gunkel hubiera preferido), ni pueden estarlo: el salterio se convertiría en un aburrido registro, en un archivo polvoriento. Bien al contrario, la continua alternancia de todos ellos le confiere un ritmo vivo: cada nuevo salmo debe aportar algo nuevo, diferente e incluso sorprendente, sin romper la unidad del conjunto. La unidad del salterio se produce a un nivel mucho más sutil: al nivel de las palabras-clave, de los motivos, de los contenidos de las secciones o también por el juego de anuncios imprecisos y su posterior cumplimiento.

La interpenetración de los diversos aspectos

Una segunda función, unida al mismo fenómeno de la *concatenación*, viene a fundamentar la unidad de todo el salterio: la *interpretación de los aspectos*. La explico volviendo de nuevo a los salmos iniciales, muy diferentes por género y por su tema: el 1 habla de la Torah y de la sabiduría, el 2 es un fragmento (o sólo remedo) de la liturgia de la entronización del rey, el 3 es una lamentación individual y, al mismo tiempo, un

canto matutino. A pesar de ello, las conexiones por medio de sus palabras-clave son asombrosas. Los distintos aspectos están *mutuamente imbricados*.

El salmo 1 empieza con una bienaventuranza, el 2 termina igual. En el 1,2 el justo susurra la Torah y en el 2,1 son las naciones las que mascullan planes vanos. El salmo 1 finaliza con la imagen del camino: Yahvé conduce al justo por camino conocido; en cambio, el camino de los malos "se pierde".

Y al final del salmo 2 las naciones son advertidas de la "perdición" a que lleva su camino. El salmo 3 hace suyo el 2, aportando el motivo alegado por los enemigos (3,2s); el 3,8 aplica a Dios la conocida imagen del faraón, maza que destroza a sus enemigos; a ella se ha referido el 2,9. Además en ambos salmos hallamos la misma expresión: "monte santo" (2,6 y 3,5).

La *concatenación* alcanza, pues, especial fuerza: los 3 salmos son diferentes, pero gracias a la *concatenación*, se consigue que, pese a sus diferencias, aparezcan, en cierto modo, sobrepuestos, como mutuamente imbricados. El justo y el sin-Dios, el elegido rey de Israel y las naciones que se rebelan contra él, el perseguido y sus enemigos, todos ellos de pronto dejan de ser dimensiones opuestas. Desaparecen los límites entre la necesidad de los sin-Dios, la rebelión de las naciones contra los planes de Dios y la persecución del justo en Israel; así como entre el justo, el ungido de Dios y el perseguido injustamente.

Se ponen de manifiesto las estructuras fundamentales del sentido. Lo que en un caso hace el rey, Dios mismo lo realiza en otra ocasión: misterio del mutuo obrar humano y divino. Lo que en los salmos 2 y 3 parece ser algo de aquí y ahora, adquiere desde el final del salmo 1 un rayo de luz escatológico: el ungido del salmo 2 es referido claramente al Mesías, por el que suspiran, como si se tratara de Dios mismo, los perseguidos suplicantes del salmo 3.

El que medita-susurra el salterio en su totalidad experimenta algo así como un romperse de la expresión singular, como un difuminarse del nivel individual del conocimiento. La superficie deviene profundidad. La comprensión puede moverse libremente en este ámbito del sentido.

Este proceso de conciencia es característico de la meditación, la cual suprime los límites concretos del objeto singular, profundiza en la raíz de la cosa y se acerca a su inmaterialidad. Pero, contrastando con muchas doctrinas orientales, nunca es éste el fin último de la meditación. El salterio pone a quien lo recita-susurra en un tenso balanceo entre el sentido individual y la profundidad inmaterial. Ello es posible gracias a la abundancia de textos tan diferentes, tan ricos en posibilidades y, a la vez, tan íntimamente entrelazados.

El trabajo exegético debería esforzarse en descubrir la voluntad de sentido que anida en la última redacción del salterio. Quizás algo podemos esperar del anunciado comentario a los salmos de F.L. Hossfeld y E. Zenger, si nos atenemos a sus trabajos ya publicados.

Meditación y supresión de la objetividad

Los pocos ejemplos aportados muestran que el salterio fue usado muy pronto como texto de meditación y que su última redacción modificó los antiguos cantos y plegarias, conformándolos a la técnica entonces en boga de la meditación susurrante. Desgraciadamente nosotros perdemos su plenitud y pluridimensionalidad, cuando los usamos como fragmentos aislados tanto privadamente como en la liturgia de las horas (más acusadamente desde la última reforma).

La redacción última de los salmos permanece totalmente en el "Antiguo" Testamento. Pero consigue una sorprendente proximidad al "Nuevo", según hemos visto en los salmos 1-3. Tan sólo los separa una delgada pared, no un abismo; lo "nuevo" del "Nuevo Testamento" consiste únicamente en afirmar como ya acaecido lo que antes era una esperanza, un anticipo del futuro.

Un ordenamiento de los salmos, como en la actual liturgia de las horas, que los individualiza y los deja al margen de su mutua conexión redaccional conduce a una dificultosa lectura veterotestamentaria y a una lectura cristiana increíblemente complicada.

Si cuanto he expuesto es acertado, se sigue una serie de consecuencias prácticas:

1. Urge que la ciencia bíblica estudie a fondo los aspectos del salterio durante largo tiempo descuidados por ella y discutidos aquí.
2. Las traducciones bíblicas corrientes son muy poco aptas para facilitar a los no-especialistas el acceso a los fenómenos del salterio puestos aquí de manifiesto. Las imágenes se convierten en abstracciones, la correspondencia de palabras-clave se malogra, el lenguaje pierde aquella densidad y aquel ritmo indispensable para memorizar y recitar un texto, sin que resulte insípido. Urge una traducción que pueda aprenderse y repetirse de memoria a la manera del rosario, último resto de la antigua técnica meditativa.
3. Los cristianos, especialmente las comunidades contemplativas, deberían tener el coraje de volver a los orígenes de su propia tradición de meditación.
4. Caso de que en ese ámbito de la experiencia personal de meditación surja algo nuevo, podremos albergar la esperanza de que en una próxima reforma litúrgica se recupere la forma original de la liturgia de las horas, en la que los salmos no habían sido todavía aislados e incomunicados.

Notas:

¹En el hinduismo un mantra (etimológicamente: instrumento para pensar) es una fórmula sagrada, que a menudo consiste en un breve pasaje del Veda, a la que se atribuye capacidad para estimular el espíritu (véase ST n.º 126, 1993, p. 158). (Nota de la Redacción).

²Grupo religioso judío que luchó al lado de los Macabeos por la libertad de la religión de Israel. Exigían una estricta observancia de la ley y por esto se les ha considerado precursores de los fariseos. (Nota de la Redacción).

Tradujo y condensó: FRANCESC DE P. CASAÑAS